

Memorias actualizadas de un colombiano sentenced a muerte

Apolinar Díaz-Callejas

Hace cinco años mataron a Julio Rivera...

Eso dijo mi abuela paterna, Eustaquia Narváez. La *niña* Eustaquia, como la llamaba la gente de Colosó, mi pueblo. *Tacha*, como le decíamos los nietos y familiares. Fue en los tiempos en que en Colombia todavía la vida era apreciada y respetada, y los muertos no eran olvidados.

Tacha repetía y repetía: hace cinco años mataron a Julio Rivera...

Es lo que más recuerdo de aquel asesinato ocurrido cuando aún era muy niño. En la plaza misma, cuando apenas comenzaba a oscurecer, habían matado a Julio Rivera. Fue un tiro de escopeta cargada con munición para cacería de tigre. Nunca se supo quién fue. El suceso había conmocionado a toda la población. ¡Un muerto en Colosó!, repetía alarmada la gente. Fue un acontecimiento insólito, que convulsiónó la vida rutinaria, perezosa y somnolienta de aquella comarca. Por eso era recordado año tras año. Hace un año..., hace dos años..., hace tres años..., hace cuatro años..., hace cinco años mataron a Julio Rivera, decía *Tacha* y reiteraba el vecindario en la fecha y hora del aniversario del crimen. No se podía olvidar. No se debía olvidar. Ahí todavía uno sólo se moría de viejo.

Colosó era un pueblito de escasos tres mil habitantes, construido sobre el filo de una de las lomas de la Serranía de San Jacinto que lo aislaba de las planicies y sabanas propias de la región e impedía el paso a las brisas del mar Caribe. Tenía una sola calle, larga y empinada, de dos o tres kilómetros, que comenzaba en el cementerio y terminaba cerca del arroyo de aguas cristalinas y muy frías. Carecía de todo: de acueducto, energía eléctrica, puesto de salud, servicios médicos y hasta de cura, pues este visitaba su parroquia cada año, con motivo de las fiestas patronales de los Santos Reyes, del 6 de enero. No tenía carretera. El viaje a los pueblos vecinos se hacía a caballo, saliendo en la madrugada, antes que calentara el sol tropical. La calle era como una larga serpiente de barro macizo y pegajoso. Cuando llovía era intransitable. La cantidad de barro que se le amontonaba a uno en los pies era tan grande y pesada que no se podía caminar. La luz era de velas de

sebo hechas en las propias casas. Había un médico que visitaba y pasaba por Colosó siempre de noche. Era el doctor Julio Moré. Parecía una sombra que cruzaba el pueblo al trote de su mula. Existían dos escuelas, la de niñas y la de varones. No se hacía pan. Las señoras, entre ellas mi madre, Ramona Callejas, y mi abuela, veían brujas y fantasmas que atravesaban velozmente las calles y echaban piedras sobre los techos de zinc de las casas. Otras veces descubrían caballos desbocados que recorrían a galope tendido toda la calle en las noches del miedo o durante las tempestades eléctricas nocturnas. Los niños nos acostábamos aterrados con las historias sobre aparecidos y fantasmas, rogando para que "madrugara la madrugada". Ante cualquier ruido extraño saltábamos de las camas y corríamos a la de mis padres. Temblábamos de sólo pensar en encontrarnos con el alma en pena de Julio Rivera. El Estado y la autoridad tenían un símbolo: Alcibiades, el policía municipal, que iba de un extremo a otro de la calle haciendo sonar un pito agudo y penetrante de sereno para que huyeran los jugadores y los fantasmas.

A Colosó no había llegado aún la noticia de que la tierra era redonda. Se creía que era plana y que se acababa donde terminaba el mar. Cuando salí a estudiar a Barranquilla - fui uno de los primeros en hacerlo - me despidieron como a quien posiblemente nunca más volverían a ver. Las viejitas, con el rostro bañado en lágrimas, me advertían: "ten mucho cuidado", "no te vayas a caer en el precipicio que hay cuando se acaba el mar", "ese es el fin del mundo". La torre de la iglesia, contrariamente a lo común, no tenía reloj que nos recordara el paso del tiempo. Tampoco había sacristán que echando al aire las campanas diera la hora de la misa, pues en Colosó sólo la había una vez al año, durante las fiestas de los Santos Reyes. Me crié y formé, por tanto, en la noción de la indiferencia del tiempo, en la ausencia de desesperanza y angustia.

En esa atmósfera de aislamiento y oscuridad, en que el tiempo se había quedado quieto, el asesinato de Julio Rivera había trastornado todo, porque ni siquiera en la "Guerra de los mil días", 1899-1902, la última guerra civil oficialmente declarada entre el Partido Liberal y el Partido Conservador, hubo muertos en Colosó. Cuando entraron las tropas conservadoras del general Pedro Nel Ospina, los jefes liberales, encabezados por mi tío Facundo Madrid, se escondieron en los altos montes de la Serranía de San Jacinto. Los soldados conservadores, igual que hacían los liberales por donde pasaban, se limitaron a robar lo que encontraban: cerdos, gallinas, víveres, ropa, licores, enseres de hogar y dinero, en ejercicio de la ley del pillaje implícita en las guerras civiles que se decretaban las clases dirigentes liberales y conservadoras de Colombia. En Colosó no mataron a nadie. En cambio,

ahora, alguien había matado a Julio Rivera... hace *cinco años*, recordaba *Tacha*, para que a nadie se le olvidara el crimen.

Un asesinato no era un hecho corriente. Era un suceso extraño.

Como en las guerras mundiales, montañas de cadáveres

Un día la violencia y la muerte comenzaron a ser parte de la vida cotidiana de los colombianos.

Llegué a Manizales, cabeza del centro cafetero del occidente de Colombia, en función de abogado de un antiguo exportador de ese producto. Debía hacer un largo recorrido desde aquella ciudad hasta Cali, con escala en casi todas las ciudades y poblaciones de alguna importancia en materia de café que se encontraban en el trayecto. Tenía que viajar en autobuses y taxis por malas y estrechas carreteras. Iba por el corazón de las tierras colombianas más ricas, tanto por la industria del café como por la del azúcar, que se extendía a lo largo del Valle del Cauca. Se me aconsejó viajar sólo de día, por razones de seguridad. Ya estaba en marcha la primera etapa de la "Violencia" entre liberales y conservadores, que en su trayectoria de 1947 a 1957 produjo entre 200.000 y 300.000 muertos, según las diversas contabilidades.

A eso de las 5 de la tarde llegué a Cartago, una pequeña ciudad de la época colonial, de clima templado y agradable. En las calles había mucho movimiento de gentes y de tropa. Obviamente, me puse nervioso. El conductor del taxi, nativo de la región y curado de sustos de muertos comentó: "*algo pasó; miremos por los lados de la Alcaldía*". Y nos fuimos para allá. El espectáculo era espeluznante. Nunca antes ni después vi tanto muerto junto. Eran montones de cadáveres, como los que se ven en los documentales sobre las guerras mundiales. Los traían en camiones militares y los iban echando unos sobre otros para las posteriores diligencias judiciales y de reconocimiento. Eran campesinos liberales, hombres, mujeres y adolescentes, de la región de la Victoria y del Aguila, asesinados por policías y "*los pájaros*". Estos eran dirigentes regionales conservadores que, con la tolerancia y complicidad de la policía y autoridades civiles, organizaban y ejecutaban asesinatos de liberales de todas las clases sociales. Adquirieron resonancia nacional por sus crímenes. "*Pájaro azul*", era uno; otro "*Pájaro verde*"; aquel "*Pájaro negro*"; el de más allá "*Turpial*". Pero el que alcanzó mayor estatura y renombre por sus delitos fue "*El Cóndor*", León María Lozano. Operaba especialmente en Tuluá.

Jamás he podido olvidar la imagen macabra de caras y cuerpos de seres humanos destrozados, cubiertos de sangre, inmóviles en gestos de desesperación y terror. En los insomnios de la soledad y la incertidumbre de la propia vida, vuelven aquellas figuras y esos pedazos de hombres y mujeres a reconstruir en la mente siempre alerta la verdadera y primera historia de la "Violencia" en Colombia.

¡Cuidado! ¡Escóndanse! ¡Vienen los "carros fantasmas"!

Había llegado a Tuluá, una pequeña ciudad situada en la parte central del Departamento del Valle. Reposada y señorial, tenía, sin embargo, una intensa actividad agropecuaria. Pero en aquellos momentos y años se le conocía más por ser sede principal de las acciones violentas de "pájaros" y "carros fantasmas". Era territorio de "El Cóndor" Lozano. Un testigo, que, como yo, se había hospedado en el Hotel Central de Tuluá, escribió después: "Durante el día eran capturados en las calles, cafés y aun sacados de sus casas los condenados a muerte... Se les daba muerte por distintos medios torturadores y luego, a altas horas de la noche, llevados sus cadáveres en un camión al puente sobre el río Cauca, de donde eran arrojados al agua después de abiertos sus vientres y llenados de piedras para que no sobreaguaran... Por las noches se oían los gritos de angustia de las víctimas y sus golpes secos al caer al agua".

Al siguiente día adelanté mis asuntos profesionales e hice amistad con el gerente del Comité de Cafeteros. Creo que era un señor Botero. Me relató cuanto pudo sobre la "violencia" y los crímenes de "los pájaros" y de los "carros fantasmas" que utilizaban para sus delitos. En una especie de degradación morbosa, le dije que me gustaría ver los "carros fantasmas". Ni me contestó. Al caer la tarde nos encontramos en el hotel. Le propuse que camináramos un poco por la calle. "Hasta la esquina", me dijo. Salimos del hotel alrededor de las 6 y media de la tarde. Los almacenes, tiendas y cafés habían cerrado sus puertas o lo estaban haciendo apresuradamente. Entonces me explicó. "Los carros fantasmas - dijo - aparecen en cualquier momento y desde ellos disparan contra toda persona que encuentren. Matan hasta a los propios conservadores. Previamente han seleccionado casas y víctimas liberales. Les gusta mucho disparar contra la gente que esté reunida en las esquinas de las calles..., como nosotros ahora" - insistió en tono grave.

De pronto me agarró fuertemente por el brazo izquierdo y me empujó con vigor en dirección de la puerta del hotel, casi gritando: ¡Cuidado! ¡Escóndase! ¡Vienen los "carros fantasmas"! Ciertamente, no se veían aún, pero llegaba el ruido de motores que rugían como cuando se ha iniciado una carrera de automóviles. A mí me

temblaban las piernas. Nadie dijo una palabra. Así estuvimos hasta cuando cruzaron frente al hotel, velozmente, dos vehículos. No pasó nada. Instantes después escuchamos disparos de armas de fuego. No supimos qué había ocurrido. Toda la gente estaba encerrada en sus casas. Yo salí al día siguiente, muy temprano, para Cali. No había podido dormir. Un nuevo temor se me había adentrado: el ruido de los motores de automóviles. Alcancé a despedirme del señor Botero. Nunca supe si sobrevivió a "los pájaros" y a los "carros fantasmas".

Pensaba en ti y en todos ustedes

La criminalidad ya generalizada en Colombia tomaba diversas formas y llegaba a los más lejanos rincones del país. Hasta a Colosó.

Mi padre, Manuel Abad Díaz, tenía merecida fama de hombre generoso y servicial. Su vocación natural por la medicina lo había convertido en la solución para las gentes pobres que enfermaban. Tenía una evidente sabiduría en cuanto a plantas medicinales. Nunca cobró por esos servicios. Los pobres que él cuidaba le pagaban con cariño y con cosas de pobres: una gallina, unos huevos, un queso casero, unos plátanos. Fue renombrado caballista. Siempre tuvo pasión por las especies de clase que le permitían lucirse en las faenas de garrocha en la fiestas tropicales de corralaja y toros, en algunas regiones de la costa caribe de Colombia. Como buen cazador, tenía especial afición por los perros. Siendo administrador de una finca ganadera, "Salinas", había llevado a principios de los años 20 la primera exportación de ganado en pie al Perú, desde el puerto de Coveñas, en las costas colombianas del mar Caribe. Del Perú trajo un caballo muy fino y un inmenso perro de ayuda de pelo rojo denso, al que puso el nombre de *Leoncico*, el mismo que Pizarro, conquistador del Perú, había dado al suyo. Mis hermanos y yo nos criamos con *Leoncico*. Cuando envejeció y enfermó hasta no poder moverse, mi padre, un día, muy temprano, se lo llevó al arroyo. Lo acarició, lo hizo dormir y le disparó a quemarropa un tiro al corazón. Hizo un hueco en la tierra y lo enterró. Regresó desencajado y triste. Nos dijo: "*Leoncico se fue para el cielo*". Nosotros le creímos. Desde entonces en mi casa todos los perros se llamaron *Leoncico*. Era una forma de no olvidar.

Pero vino la *Violencia*. La de aquellos miles de muertos olvidados, que cambió la vida en toda Colombia. Incluso en mi pueblo.

En una de mis visitas a Colosó, mi padre, hombre de reconocido valor civil, me hizo el siguiente relato, en voz muy baja, con los rostros de los dos muy cerca el uno del otro, mirándome directamente a los ojos:

«Eran los tiempos de la *Popol*» (la policía política de los gobiernos conservadores contra los liberales en la «violencia» de 1947 a 1953). «Habían matado a Darío Rodríguez. El teniente Cabezas, de la policía, sembraba el terror. Una vez, yo regresaba por el camino que va a Corozal de visitar a los Díaz, unos parientes lejanos. A uno de ellos, Libardo, lo había herido a bala un policía. La *Popol* entraba y salía y se dedicaba a apalear y a atropellar a los liberales de Colosó. Robaban lo que podían, especialmente el ron y otras bebidas. Siempre andaban medio borrachos. El pueblo había sido desocupado. Los hombres tuvieron que esconderse por los lados de la Montaña del Cerro de los Cáceres. Cuando llegué a la calle, antes del puente que está después de la casa de Tulio Salas, frente a los Peña, vi que la *Popol* estaba más acá de la placita del cementerio.

Era como la una de la tarde. El sol era muy ardiente y bravo. Quemaba. El aire brillaba y parecía una nube blanca de cristal. Había un silencio como de Semana Santa. Asustaba. No había un alma en la calle. Las casas tenían las puertas cerradas.

«Comencé a subir la calle. Iba por todo el centro. Un poco más arriba, desde el frente de la casa de Tulio Salas, se ve toda la calle, muy recta, hasta la plaza y la iglesia. Me pareció más larga que nunca. Yo caminaba mirando siempre hacia adelante, con la frente levantada. Sentía la soledad. Me retumbaba en los oídos la monotonía de los golpes de las botas policiales sobre el piso. Los oía respirar. Venían como a ocho o diez metros detrás de mí. Nadie hablaba. No miré hacia atrás ni a los lados. Creía que en cualquier momento podían disparar y matarme por la espalda. ¡ Es increíble! Todo pasaba, al mismo tiempo, velozmente y con lentitud.

«Cuando uno cree estar a punto de morir, los recuerdos se vienen juntos y desfilan por la mente en forma atropellada. Veía la casa como más lejos que al principio. La espalda me hacía cosquillas, sentía como si la tuviera cubierta de hormigas. En cierto modo yo caminaba marcando el mismo paso que los policías: *cataplún, cataplún; un dos, un dos, un dos*. Yo pensaba en ti y ¡claro! en todos. Pero tú eras el que estaba más lejos. Te sentía al mismo tiempo muy distante, pero también muy cerca. Me angustiaba que yo pudiera morir sin alcanzar a verte. Por eso, cuando sepas que estoy muy enfermo, que me puedo morir, vente como puedas, desde

donde estés. No quisiera morirme sin verte antes. Pensando en todo esto, seguí caminando. Cuando iba frente a la casa de Don Cico vi a Ramona. Tu madre. Estaba en la puerta, mirando hacia abajo de la calle. ¡ Me había visto desde el principio! ¡También a la *Popol* que tenía pegada a mis espaldas! ¡Me alegré! ¡Era el primer ser humano que veía en esa larga calle! en esos minutos que me parecieron largas horas. Ya no me sentía solo. No sé por qué pensé que ya no se atrevían a matarme. Al llegar frente a la casa crucé por entre el olivo y el clemón que le dan sombra. Sin mirar hacia atrás. Ramona, con calma y nervios que estallaban, ¡qué contraste!, me dijo: «En el comedor hay una limonada para que te refresques. Hace mucho calor». Yo entré y ella siguió en la puerta. No hubo más palabras. De pronto me dijo: «Llegaron a la plaza y doblaron hacia la Alcaldía». Yo estaba sentado, en silencio, al lado de la mesa del comedor. Me había olvidado de la *Popol*. Sólo pensaba en ti y en todos ustedes.»

Y mataron a Jaime Pacheco Mora...

El 8 de junio de 1954, la policía había matado al estudiante Uriel Gutiérrez, en la Universidad Nacional en Bogotá. El 9 había gran agitación estudiantil. Me encontraba en el Café Automático situado en la avenida Jiménez acompañado por el corresponsal de la United Press, Carlos Villar. Debían ser las 11 de la mañana. Por la avenida bajó un desfile pacífico de estudiantes. Carlos y yo nos levantamos y los seguimos. En la Carrera 7a tomaron hacia el sur, en dirección a la Plaza de Bolívar. La calle ya estaba llena de estudiantes. Nos situamos, exactamente, en el lugar donde seis años antes, el 9 de abril de 1948, habían matado al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Los estudiantes habían llegado hasta donde se cruzan la calle 13 y la carrera 7a. De un momento a otro se sentaron en el piso de la vía. En esa posición lanzaban sus consignas y cantos de protesta. De pronto, sonaron descargas de fusil. Comenzaron los gritos de terror y la desbandada de los estudiantes. Algunos heridos eran llevados en hombros por sus compañeros. Frente a Carlos y a mí, pasó un grupo que cargaba uno o dos cadáveres. Carlos y yo salimos rápidamente hacia la *All American Cables* que quedaba muy cerca. Carlos alcanzó a despachar la única información internacional que salió al exterior antes de la censura. Nos separamos. Yo crucé la avenida Jiménez de Quesada por la carrera 8a y subí a la oficina del doctor Emilio Robledo Uribe, jurista, católico practicante, profesor universitario muy conocido. Su despacho estaba en el último piso del edificio de la Caja Agraria. Le expliqué lo que había visto con Carlos Villar. Desde las ventanas mirábamos hacia la avenida. Los estudiantes corrían. La tropa los perseguía. En un instante, un joven salió a toda carrera desde la Iglesia de San Francisco, atravesando diagonalmente la avenida Jiménez. Cuando faltaban

ocho o diez metros para llegar a la acera de enfrente, lo alcanzó un grupo de soldados del Batallón Colombia, que había combatido en Corea. Estaban bajo el mando de un oficial que avanzaba pistola en mano. Yo exclamé: ¡Mire doctor Robledo! En ese momento le dispararon por la espalda, casi a quemarropa, a menos de dos metros. Cayó de bruces sobre el piso de la avenida. Comenzó a formarse un inmenso charco de sangre. Otro muchacho más joven aún, salió del grupo que estaba en la acera y se dirigió velozmente hacia donde estaba tendido el estudiante muerto y empapó un pañuelo en su sangre. Habían matado por la espalda al estudiante de medicina Jaime Pacheco Mora. En la noche de ese mismo día fue allanada mi casa y yo detenido y encarcelado por los cuerpos de seguridad. Cargaron y se llevaron mi biblioteca. Era la tercera vez que lo hacían. ¿La quemarían también? En la cárcel, un viejo cuartel, encontré a varios cientos de estudiantes presos, que llenaban los patios, al aire libre helado y húmedo de los 2.700 metros de altura de Bogotá. Me introdujeron a un inmenso salón. Ahí estaban, de pie, contra la pared, con un soldado entre uno y otro, los dirigentes políticos, juristas, investigadores y luchadores democráticos que parábamos en la cárcel, siempre que había una protesta contra el sistema. Encontré a Gerardo Molina, Juan Francisco Mujica, Diego Montaña Cuéllar, Antonio García y muchos otros. Me colocaron contra la pared, con soldado a lado y lado. Luego vinieron los interrogatorios. Emilio Robledo se presentó ante el Juez como testigo voluntario. Ambos dimos testimonio sobre la forma en que fue muerto Jaime Pacheco Mora. Nunca supe si alguien fue castigado por el crimen.

Enterrar a los muertos

Violencia y muerte en Colombia parece que nunca terminarán. Sucedió a fines de los años 50, cuando yo era gerente de una empresa de carbón del Departamento del Valle del Cauca. Las minas estaban en la región de Timba.

En la tarde habíamos inaugurado una escuela. Con la colaboración de jóvenes mineros se realizó la sencilla ceremonia. Hubo unos brindis. Ya de noche resolvimos ir a comprar cigarrillos al caserío en que se divertían los mineros. Era el pequeño imperio del "pájaro" Jiménez. Los mineros eran liberales en su gran mayoría. Fuimos el ingeniero Restrepo, el administrador Villabona y yo. Entramos al único bar. Ya estaba lleno de mineros. Era día de pago. El Dr. Restrepo y Villabona pidieron una cerveza. Yo, mis cigarrillos. El ambiente era tenso. Se sabía que habían llegado policías al pueblo. Era un pequeño salón con dos puertas hacia

la calle y otra hacia el fondo. Había cuatro o cinco mesas con asientos. El centro era una diminuta pista de baile.

De pronto, sin previo aviso, con la velocidad del asalto a una trinchera enemiga, por la puerta del fondo entraron los policías echando ráfagas de tiros de todos los calibres. Corrimos hacia afuera. Habían caído muertos varios mineros, entre ellos un muchacho que había sido el más entusiasta en la construcción de la escuela. No recuerdo su nombre. ¡Es imperdonable! ¡Nunca se deben olvidar los nombres de esos muertos! El solo afán de vivir me hizo colocarme entre las dos puertas que daban a la calle, en el centro del ángulo de 90 grados, aproximadamente, de manera que las balas de la policía que salían del bar pasaran, ¡cómo realmente pasaron!, por mi espalda. En un momento en que los policías dejaron de disparar, Villabona saltó, se entró al bar y la enfrentó. Detrás entramos el ingeniero Restrepo y yo. Alguien debió decirles quiénes éramos. No dispararon más. En el salón y en las dos puertas seis u ocho muertos y numerosos heridos. En segundos se había regado la noticia. Comenzaron a sonar los cachos de los mineros. Estos bajaban precipitadamente con lo que tenían: machetes, cuchillos, revólveres y, especialmente, tacos de dinamita. Restrepo, Villabona y yo, ayudados por personal del ferrocarril, empujamos a los policías hacia una bodega de la estación ferroviaria. Ahí los encerramos. Fue difícil convencer a los mineros que no les echaran dinamita. Se resolvió que yo llevara los heridos al hospital de Cali y trajera la tropa. Fue lo que hice. Entregar heridos y regresar con soldados. El ejército era árbitro en la violencia entre liberales y conservadores. Por eso tiene tanto poder en Colombia. Volví antes de las ocho de la mañana. El ejército se hizo cargo de los policías. Los mineros muertos fueron llevados y velados en las minas. Después cumplimos con una de las obras de misericordia: enterrar a los muertos...

En las primeras listas

La muerte, el asesinato y la violencia misma han tomado en los últimos años un carácter selectivo, complementario de los tradicionales crímenes políticos masivos.

El 27 de noviembre de 1978 envié al Presidente de Colombia la siguiente carta:

Señor Presidente de la República, doctor Julio César Turbay Ayala. Señor Presidente: Acompaño con la presente, fotocopia de una hoja mimeografiada, ilustrada con fotografías de José Manuel Martínez Quiroz, Omaira Montoya (con una leyenda superpuesta que dice DESAPARECIDA), Pedro Pablo Bello Gómez y Carlos Reyes Niño, de los cuales, como bien sabe el señor Presidente, Martínez Quiroz y Bello Gómez fueron recientemente

asesinados, hoy a que se presenta como "ORGANO DE LA AMENAZA ANTICOMUNISTA AMERICANA", N° 4, fechada noviembre 24 de 1978, con cabezote ilustrado con las tres A, que han distinguido y singularizado en Argentina, Brasil y otros países de América Latina - sometidos a regímenes represivos - una organización paramilitar y parapolicial, responsable de numerosos crímenes contra dirigentes democráticos de esos países, frente a los cuales se ha levantado la opinión pública mundial.

De la lectura de tal Boletín se desprende una clara y explícita amenaza contra las siguientes personas: Apolinar Díaz-Callejas, Enrique Santos Calderón, Alberto Alaba Montenegro, Eduardo Umaña Luna, Luis Carlos Pérez, José María Velasco Guerrero, Gustavo Gómez Velásquez, Jesús Bernal Pinzón y Humberto Vergara Portela, o sea, juristas, periodistas y magistrados de la Corte Suprema de Justicia, que de alguna manera se han pronunciado sobre la etapa represiva que vive el país, han defendido procesados ante Consejos de Guerra Verbales, o han conceptuado en la Corte Suprema de Justicia respecto de los Decretos de Estado de Sitio y particularmente sobre el Estatuto de Seguridad, expedidos por el Gobierno Nacional.

He querido llevar a su conocimiento tal documento, que indica la constitución y actividades en Colombia de la TRIPLE A, cuya trayectoria, origen y apoyo en América Latina son ampliamente conocidos en el mundo, para registrar los rumbos que está tomando o que se pretende hacer tomar a nuestro país, y para prevenir a las fuerzas democráticas colombianas respecto de esos mismos hechos y de lo que pueda ocurrir con las personas mencionadas u otras.

Obviamente, quienes luchamos por una democracia real en Colombia, no dejaremos en el empeño de lograr la unidad y expresión de la más vasta y amplia corriente de opinión política que impida que nuestro país corra la suerte de Brasil, Uruguay, Chile o Argentina, en donde se han establecido regímenes represivos de carácter fascista unos y tiránicos todos, y que conduzca a la Nación hacia un sistema democrático operante, real e igualitario, que libre a nuestro pueblo de tantas privaciones, de la explotación y de la represión.

Ninguna amenaza o acción concreta habrá de impedirlo, pues estamos convencidos que los pueblos siempre alcanzan sus objetivos de transformación y progreso. Y el de Colombia nunca ha sido inferior a sus deberes históricos, aun en las peores épocas de violencia y dictadura. Por ello creemos que nuestro pueblo unido en todas sus corrientes democráticas, impedirá el avance del fascismo, el terrorismo y la reacción.

(Firmado) Apolinar Díaz-Callejas

Nos había llegado la TRIPLE A. Era como la modernidad criminal en el sistema tradicional y conservadurista de violencia y muerte impuesto a los colombianos. Tenía connotación selectiva. Representaba un cambio cualitativo de gran importancia respecto de la violencia tradicional. Esta había sido la confrontación histórica de conservadores y liberales por el gobierno y el Estado. La de la TRIPLE A era la de ultraderecha con argumentos anticomunistas, que de alguna manera expresaba la "guerra fría". Comenzábamos a padecer las prácticas y tecnologías del militarismo del Cono Sur, en una sociedad como la de Colombia, caracterizada por antiguos y excluyentes privilegios, y por hondas desigualdades, consagrada por ley a la protección del Sagrado Corazón de Jesús. Este, sin embargo, ha sido indiferente con la suerte de su protegida.

Junto con la TRIPLE A se hizo presente, igualmente, la tortura institucional de los procesados o investigados por reales o supuestos vínculos con la "subversión" y los movimientos guerrilleros. Las torturas en la Brigada de Institutos Militares y en la Escuela de Caballería de Bogotá alcanzaron resonancia internacional. El Consejo de Estado, máxima autoridad jurisdiccional, ha condenado a la nación a pagar cuantiosas indemnizaciones a las víctimas de las torturas. La justicia fue militarizada. Los tribunales castrenses condenaban en masa a los civiles que caían en su poder. Colombia había entrado en un nuevo tiempo de la muerte, la violencia y la angustia.

En ese primer listado de la muerte estaba una desaparecida - ¡para siempre! -, Omaira Montoya, y dos recién asesinados: José Manuel Martínez Quiroz y Pedro Pablo Bello, tal vez las primeras víctimas de los nuevos procedimientos criminales. Comenzaba la era de las listas de amenazados de muerte, que en Colombia ha cobrado miles de víctimas durante los últimos diez años, particularmente entre dirigentes y personalidades democráticas y de izquierda.

Cuatro años después de la publicación de aquella lista, en agosto de 1982, también fue asesinado el profesor de la Universidad Nacional, Alberto Alaba Montenegro. La TRIPLE A cumplía sus amenazas. Estuve con estudiantes y profesores en el entierro de su cadáver en el Cementerio Central de Bogotá.

En homenaje a ése y a tantos otros caídos es necesario recordar aquel entierro, que fue un acto de protesta política. Con el presidente del Comité Colombiano de los Derechos Humanos, el ex-ministro de Relaciones Exteriores, Alfredo Vásquez Carrizosa, alcanzamos la cabeza del desfile que conducía los restos del profesor Alaba en el cruce de la Carrera 17 con calle 28 ó 29 de Bogotá, a doscientos o

trescientos metros del cementerio, y nos unimos al cortejo. Estaba rodeado y bloqueado por la policía, ante la decisión de estudiantes y profesores de seguir con el cadáver hasta las avenidas del corazón de la ciudad para un desfile de repudio y condenación del crimen. La policía lo impedía. Con Vásquez Carrizosa buscamos contacto con el oficial al mando, en medio de la tensión y la angustia. En una casa vecina nos reunimos, además, con el Secretario de Gobierno de Bogotá, Ricardo Cubides. Desde ahí se logró comunicación con el Director de la Policía de la ciudad. Después de desesperantes diálogos y contradiálogos, se llegó a un convenio: que el desfile fúnebre continuaría hasta la avenida Caracas, luego con rumbo sur y finalmente tomaría la calle 26 hacia el Cementerio Central. Vásquez y yo - ¡aún no sé por qué! - asumimos la responsabilidad del cumplimiento del acuerdo que, por cierto, fue respetado por estudiantes y profesores. No había ánimo pendenciero. Sólo protesta legítima.

En la rabia y desolación de aquellos momentos se me vi no a la memoria otra manifestación fúnebre en el mismo sector, ¡33 años antes!, también por un crimen político.

El 27 de noviembre de 1949 Laureano Gómez fue elegido Presidente de la República, al amparo de la más intensa ola de violencia y asesinatos políticos. El Partido Liberal había tenido que decretar la abstención. Dos días antes, el 25 de noviembre, Darío Echandía, una de las más notables figuras políticas colombianas de este siglo, quien era el candidato de su partido a la Presidencia, hacía una recorrido a pie, con un grupo de amigos políticos, entre ellos su propio hermano Vicente Echandía, Julio Ortiz Márquez, Daniel Salazar Ferro, Pedro Castro Monsalvo y otros, en acto de protesta por la farsa electoral que se cumpliría dos días después. Cruzaban un sector central de Bogotá por la carrera 13 con calles 28 a 30. Imprevistamente apareció un pelotón de "chulavitas"¹ que abrió fuego de fusiles contra Darío Echandía y sus acompañantes. Cayeron muertos Vicente Echandía y un estudiante. Hubo varios heridos. Darío Echandía resultó ileso. El país se estremeció. El entierro de Vicente Echandía fue, precisamente, el mismo día de la elección de Laureano Gómez. Las urnas electorales estaban en las calles centrales. El féretro de Echandía fue llevado por la avenida Caracas hacia el Cementerio Central. La misma ruta recorrida por el de Alberto Alaba 33 años después. Al llegar a la calle 26, donde hoy están los puentes, creció la protesta contra el crimen

¹ Chulavitas: campesinos y hombres de los sectores más bajos de la población rural, conservadores de fanáticos, instruidos en el sectarismo, incorporados a la policía. Participaron en crímenes inenarrables. Su nombre viene de un pueblo del Departamento de Boyacá, Chulavita, en el que se hicieron los primeros reclutamientos.

y contra el sainete electoral que se realizaba unos metros adelante. En un momento dado, no sé cómo, teníamos el féretro y en vez de dirigirnos al Cementerio Central, enrumbamos hacia la zona donde estaban las mesas de votación.

La masa liberal enardecida nos acompañaba y nos empujaba hacia donde elegían a Laureano Gómez. A la altura de la carrera 13, la tropa cubrió la vía y disparó al aire. Hubo un primer momento de desconcierto. Enseguida, de nuevo el intento de avanzar. El coronel Gordillo, lo recuerdo muy bien, porque estuvo vinculado al Consejo de Guerra que se nos siguió a los miembros de la Junta Revolucionaria de Gobierno de Barrancabermeja, que asumió el poder a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, hizo un llamado a la cordura. Recuerdo sus palabras iniciales: "Súbditos del doctor Darío Echandía...". Entre tanto, otros participantes en el sepelio recuperaron el féretro de Vicente Echandía y se lo llevaron al Cementerio. Sin muerto a la cabeza el propósito de entrar a la zona de votación carecía de fuerza y vigor. Nos disolvimos todos.

Había, sin embargo, una notable diferencia entre el asesinato de Vicente Echandía por la policía *chulavita* y el del profesor Alberto Alaba, condenado a muerte en la lista de la TRIPLE A. Estábamos frente a un cambio cualitativo en los objetivos políticos de la violencia. Comenzaba una nueva etapa de represión, amenazas y asesinatos.

El sistema de listas de "sentenciados" sigue su curso

Desde aquellos aparentemente lejanos tiempos de la lista de la TRIPLE A, siguieron para mí, como para otros miles de colombianos, las amenazas por teléfono y la presencia de merodeadores extraños. Tuve que adoptar nuevos hábitos: asomarme, escudriñar, entrar rápidamente a los sitios cerrados; al sentarme, buscar siempre la protección de la espalda por la pared de cemento.

Pero las amenazas, la muerte misma y la violencia seguían tomando nuevas modalidades en Colombia. Ahora entraban en acción nuevos factores y fuerzas: los grupos paramilitares y las organizaciones de *sicarios*, generalmente muy jóvenes, patrocinadas por terratenientes y narcotraficantes. Además, el poder mismo del narcotráfico en sus guerras internas y contra el Estado, así como su poder corruptor, han alcanzado todos los niveles de la sociedad tradicional. La muerte y la violencia adoptaban renovados esquemas en Colombia: listas de condenados; asesinatos selectivos; exterminio de dirigentes populares y democráticos;

asesinatos ejecutados por *sicarios*; terrorismo de todas las especies, incluidos actos de grupos armados que han pretendido darles contenido "revolucionario".

El 27 de agosto de 1987 el diario *El Espectador*, igual que otros periódicos, publicó la "Lista de 22 amenazados de muerte". Me enteré en Caracas, en donde me encontraba en esos momentos por asuntos profesionales. Ahí supe también el asesinato el día anterior, el 26 de agosto, del médico, educador, pero, especialmente, humanista, Héctor Abad Gómez, en Medellín, su ciudad, donde era candidato a la Alcaldía por el Partido Liberal. Fue mi compañero de muchos años en la lucha por el respeto a los derechos humanos, a la vida, por la democracia. Juntos levantamos la solidaridad con el pueblo de Chile para echar al dictador Pinochet. También en el apoyo a la revolución popular sandinista y al FDR/FMLN de El Salvador, trabajamos al lado de argentinos, uruguayos y bolivianos. Estuvimos con todos los latinoamericanos perseguidos. En Medellín bebimos aguardiente y comimos los platos típicos: frijoles con tocino y chicharrón, plátano maduro, arroz, arepa de maíz y buen picante. Lo mataron el mismo día en que circuló la lista de los sentenciados. Cayó asesinado junto con su compañero de cátedra universitaria y del Comité de Derechos Humanos, Leonardo Betancur, cuando velaban el cadáver de otro profesor, Luis Felipe Vélez Herrera, eliminado por otra banda de sicarios en las horas de la mañana del mismo día 26 de agosto de 1987.

El Procurador General de la Nación, Carlos Mauro Hoyos, entregó el 26 de septiembre de 1988 al Presidente de la República la lista de los sentenciados a muerte por los grupos paramilitares. ¡Es extraña la vida! Poco tiempo después, los narcotraficantes asesinaron al propio Procurador en Medellín.

¿Qué pretextos invocaron para las amenazas de muerte? En el comunicado dijeron: *Apolinar Díaz-Callejas*, abogado, dirigente del Comité de Derechos Humanos, apologista de las ideas subversivas en la prensa; *Héctor Abad Gómez*, presidente del Comité de Derechos Humanos de Antioquía, médico auxiliar de guerrilleros, falso demócrata, peligroso por su simpatía popular para elección de Alcalde de Medellín, idiota útil del PCC; *Alfredo Vásquez Carrizosa*, falso demócrata, idiota útil del comunismo, renegado del Partido Conservador; *Carlos Jiménez Gómez*, ex-procurador. Uno de los más severos críticos del estamento militar; *Jaime Pardo Leal* (asesinado el 11 de octubre de 1987), jefe político de las guerrillas en Colombia; *Jorge Carrillo*, creador de la CUT (Confederación Unitaria de Trabajadores), ex-ministro del Trabajo; *Alberto Aguirre*, periodista, profesor universitario, formador de calumniadores de la institución armada, desprestigiador en su columna de *El*

Mundo, de la iglesia, las sanas costumbres y apologista de las ideas subversivas... etc.

Así se describió en la fatídica lista a cada uno de los veintidós sentenciados a muerte. Igual hicieron con los restantes amenazados: Eduardo Umaña Luna, ¡de nuevo en lista de muerte, como yo!, jurista; Iván Marulanda, senador liberal; José Joaquín Matallana, general en retiro; Gonzalo Bermúdez, mayor (r); Marilú Posso, artista; Carlos Vives, actor de televisión, cantante; Edelmiro Franco, periodista; Ligia Riveros, periodista; Vicky Hernández, actriz; Hernando Corral, periodista; Eduardo Díaz, sacerdote católico; Cecilia Muñoz, dirigente popular de Cali; Carlos Valencia, magistrado del Consejo de Estado (su nombre real es Jorge Valencia); Jorge Child, economista, periodista; Patricia Lara, periodista.

Había de todo. Seguramente porque en las democracias de América Latina la lucha es llevada adelante por gentes que vienen de todos los sectores y clases.

¡Aquí estamos!

Como esta última amenaza ocurrió cuando yo estaba ausente del país, fueron mis hijos quienes asumieron, en primer término, sus implicaciones. Alberto, Eduardo, Luis Fernando, en Bogotá, afrontaron los momentos iniciales de alarma y angustia. Participaron en reuniones con otros amenazados, con el Canciller de la República y altas autoridades políticas y de seguridad del Estado. En París, Alfonso, pintor y escultor, buscó la colaboración de las instituciones democráticas y de derechos humanos y expresó su angustia y demandas de seguridad a unas misiones parlamentarias colombianas que estaban de paso. Los tormentos mayores fueron para Amparito, que hace un posgrado en Moscú, por la dificultad de la comunicación y la mayor hondura del sentimiento de la ausencia. Fue una reacción automática y vigorosa la de mis hijos. Dos palabras fueron suficientes para expresar su determinación, su disposición a la lucha que fuere necesaria, su voluntad de compromiso entero: *¡Aquí estamos!*

Se dio un hecho no previsto por los criminales: la unidad con los hijos se renovó y profundizó ante el peligro. El diálogo y la comunicación se hicieron más fluidos. La identidad política y vital se consolidaron. En la determinación de no ceder ante la amenaza y de seguir el rumbo de acción para la renovación y transformación de la sociedad y de la organización del Estado en Colombia, mis hijos y yo hemos creado una nueva fuerza, hemos fraguado la unión en un acero mejor templado.

La situación de renovada amenaza tuvo efectos en la rutina y orden de mi vida y actividades generales: mayores precauciones; privación de goces como el cine, el teatro, los conciertos y la tertulia de los cafés; abandono del pausado y dormilón caminar y deambular por las calles de la ciudad, que es la mejor forma de disfrutar el olvido. Un nuevo estado psicológico: sueño ligero, alerta permanente, desconfianza en el vecino y el de más allá. Todo cambió.

Yo estoy para que me maten a mí y no a usted...

No tiene sentido rechazar la protección ofrecida por el gobierno. La acepté. Lo difícil es el aprendizaje de tenerla. En la sala. En el comedor. En las visitas. Al salir a la calle o al ir a una recepción. En el parque o en el taxi. De día y de noche. Llueva, truene o relampaguee. Siempre está ahí. Cuando alguien golpea la puerta o hace sonar el timbre. Para escudriñar la calle y el parque. Para observar a los transeúntes e identificar a los vecinos. Para ponerse alerta y en guardia ante cualquier ruido. Para orientar la defensa común. Dejé de ser una persona. Soy varias personas. Así es la vida cuando uno tiene sentencia de muerte y está en libertad.

Son gente joven los encargados de la protección. Diestros. Humanos como cualquier humano. Con novias y con mujeres e hijos. Les gusta el cine y el fútbol, la música caribe y el bolero. Sufren y gozan como todos los hombres. Sabedores de su oficio y de su suerte. Uno de ellos, Jacinto, me dijo con sencillez y frialdad paralizantes: *Yo estoy para que me maten a mí y no a usted...*

El tiempo de los relojes

En esta nueva etapa de las amenazas de muerte se me han presentado efectos psicológicos interesantes.

No me había dado cuenta. Inconscientemente fui creando una nueva medida, muy personal, del tiempo. Sin saberlo, lo tenía prisionero. ¡No para detenerlo! ¡Es imposible! Pero sí para no dejarlo jugar a las escondidas. Para utilizarlo a plenitud. Gota a gota. Para exprimirlo sin compasión. Un poeta ¡tenía que ser!, Henry Luque Muñoz, desenredó la madeja de los relojes. Le llamó la atención la existencia de tantos relojes en el departamento en que vivo: en la sala, en el comedor, en la biblioteca, en la alcoba, en la mano izquierda, en el escritorio y, también, en la relojera. Una pregunta suya fue suficiente para tomar conciencia de la nueva dimensión de mi tiempo. La dimensión del tiempo de alguien que está en una lista

de sentenciados a muerte. "¡Cuántos relojes tienes!" "¿Por qué tantos?" Ahora lo sé. Para tenerlo siempre a la vista. Para que no se escape. Para beberlo todo, ¡ya! Mañana puede no ser posible. Estoy en la lista de los sentenciados.

Todo comenzó con la máquina eléctrica

De la vieja Olivetti manual pasé de un solo salto a la máquina de escribir electrónica. El rendimiento diario de mi trabajo se triplicó. Le había ganado otra batalla al tiempo y a la sentencia de muerte, al avanzar rápidamente en la realización del objetivo de decir todo cuanto tengo que decir, que es la mejor forma de no morir ahora, ni después.

Pero la cuestión no paró ahí. Pasé luego al computador, con el cual cada minuto de los relojes que están en todas partes dio más frutos. No sólo objetivamente, en cuanto a volumen de trabajo realizado, sino en términos de velocidad mental, de máxima racionalidad y actividad del pensamiento. Tengo la sensación de haber logrado que cada segundo, cada minuto, sea ahora más largo, que el tiempo tenga más tiempo. La jornada diaria de trabajo se ha estirado y se sigue estirando. Esos aparatos sirven para hacerle trampas al tiempo. Lo cual es estimulante, cuando se está con una amenaza de muerte de tiempo indefinido encima.

Nuevo significado de ruidos y sonidos

Son muchos los cambios que he experimentado como consecuencia del peligro constante. Los sentidos tienen otro alcance. Se manifiestan de manera diferente. El timbre del teléfono pone en guardia; el de la puerta aligera los preparativos de defensa y réplica; el crujir de puertas y ventanas empujadas por el viento se transforma en ruidos escapados a portadores de la muerte, que incitan al apresto. El sueño es ligero. Todo sonido se percibe. Como se escucha la respiración del hijo recién nacido que duerme.

Luz, más luz

Una trombosis en el ojo izquierdo, resultado de esos largos años de tensión, determinó obvia limitación de mi visibilidad. Pero el mantenerme bajo estado de amenaza y en guardia permanente, han conducido, imperceptiblemente, a una creciente exigencia de luz, más luz. Es, tal vez, un ardid para eliminar la noche, la oscuridad y las tinieblas. Posiblemente responde a la necesidad, o al propósito, de hacer más largo el día, para que no se vaya tan temprano la luz del sol. En todos

los cuartos y corredores interiores de mi apartamento, las instalaciones eléctricas hacen que la noche sea día. Día artificial, pero día. Que es lo que al fin y al cabo importa. Es como una celda iluminada y luminosa. Afuera, la oscuridad y las tinieblas, con todos sus demonios y fantasmas.

La realidad sigue ahí

Está en los cuatro diarios, en las revistas y semanarios que recibo; en la radio y la televisión; en la conversación de cada día: campesinos asesinados, soldados masacrados, decenas de personas de toda edad y sexo de pequeños centros urbanos eliminadas con ráfagas de ametralladoras; un autobús que vuela hecho pedazos por las cargas de dinamita que no distinguen entre un niño y un policía, entre una mujer y un anciano; los integrantes de una comisión de jueces e investigadores judiciales que hacían pesquisas sobre asesinatos de campesinos, son atados y ejecutados indefensos por un grupo paramilitar. Fuera de las masacres que ocupan titulares importantes en la prensa, ahora la lectura de la noticia de la muerte es más difícil. Los periódicos se han modernizado y transformado. Antes, en el diario liberal *El Tiempo*, por ejemplo, la información sobre asesinatos y muertos estaba en la segunda página. Bastaba leer las cifras de los titulares de las breves noticias y sumar: "7 muertos en Medellín"; "3 asesinados en Cali"; "4 nuevas víctimas de la violencia en Urabá", y así sucesivamente. De un solo vistazo se hacía la cuenta de los asesinados del día anterior: 27, 31, 18, 21... La ola de violencia no se detiene.

Comunicación y diálogo

De la misma manera como se ha intensificado mi ritmo de trabajo, de investigación y de creación, ha surgido un creciente afán de comunicación y de diálogo, nacional e internacionalmente. Lo que estoy escribiendo llega a centenares de amigos y luchadores democráticos en decenas de países. Tomo suscripción de cuanta publicación importante se esté editando sobre los temas de mi preocupación y actividades. Son formas de comunicarse y estar presente en muchas partes al mismo tiempo. Para la correspondencia utilizo el sistema de la "entrega inmediata", "express", para que llegue muy rápidamente, porque el tiempo cuenta mucho. Son acciones para un diálogo constante con todo el mundo. Sirve para sentirse acompañado y rodeado, protectoramente, por muchas personas. Tiene efectos tranquilizantes y vivificadores.

La compañía de Quito a la media noche

Recuperar el derecho a caminar por las calles fue un regalo que tuve en Quito, la capital del Ecuador. Sí. Es como sentirse en la compañía de toda la ciudad. Terminada la jornada diaria de trabajo y esas reuniones internacionales interminables, llenas del humo asfixiante del cigarrillo; concluida la cascada de almuerzos y comidas, nada más grato que recorrer a la media noche las solitarias calles de Quito que rodean el hotel. Caminar y caminar por ellas, a 2.900 metros de altura, por las que muy de vez en cuando cruza un automóvil; con un ligero viento frío y seco que anima el rostro y la sangre; con ese maravilloso y puro cielo quiteño, han sido efectos positivos de las amenazas que en Colombia me encierran. Al caminar solo, a la media noche, en Quito, siento la seguridad que da la compañía de toda la ciudad que duerme.

Hay sitios en que puedo dormir, de nuevo, profundamente.

Así fue. Exactamente. En el Hotel Riviera de La Habana, liberado del sentimiento de la amenaza y la incertidumbre, dormí de un solo tirón catorce horas seguidas. Sin interrupción. Fue un sueño profundo. Restaurador. Me llenó de vida.

Retorno al tiempo sin tiempo

La idea fue de Humberto, mi asistente. "He pensado que se vaya con Gloria y conmigo a un descanso de tres o cuatro días. He estado averiguando los sitios". Me pareció estupenda la iniciativa. Y se hizo.

En tierra cálida, en ambiente campestre, en una pequeña pero cómoda cabaña, nos instalamos los tres: Humberto Gloria su mujer y yo. Se organizó comedor y cocina dentro de la cabaña para el desayuno, el café y cosas elementales.

No fuimos a trabajar. Sólo a buscar reposo y olvido, y una pausa en la tirantez del riesgo diario. Fue un aislamiento total de las noticias y del mundo. Sólo agua, sol, aire libre, deambular por los caminos y risas. Un día pregunté ¿qué hora es? Humberto alzó su brazo izquierdo y miró mi reloj. "Son las 11 de la mañana", respondió. Le observé un poco perplejo porque él no usa reloj. Sonriendo me dijo: "Usted dejó el reloj en la cabaña. Resolví llevarlo yo por seguridad. Se lo podrían robar". No dije nada. Pero reflexioné, largamente, en que sí se puede vivir, en que es posible volver a la edad del tiempo sin tiempo. ¡Sin relojes! Como en la lejana época de la vida rural en Colosó, mi pueblo, en que sólo se moría de viejo; cuando

el sacristán recordaba con el tañir de las campanas de la iglesia sin reloj, cada año, en las fiestas de los Santos Reyes la hora de la misa. Sería hacer realidad el sueño, la utopía, del retorno al tiempo sin tiempo... Porque no he perdido la esperanza de la paz.